

Yo no veo su cara; pero él ha dicho eso con un acento que agita mi corazón. Siento como un aliento dentro del pecho; me pongo á buscar entre los papeles de música y añado:

—¿Le gustarían á Ud. las preciosas antiguallas de Mozart, Schubert, Gretry? Pero aguarde Ud: aquí está la serie de esas célebres serenatas.

Y sin temblar en esta ocasión, canto la serenata de «Don Juan», luego la de Gretry y después la de Schubert.

Jamás había sentido, como esa noche, la sublimidad y la exquisita languidez de esas quejas amorosas; y sobre todo, jamas las había sentido tan elocuentes, también. Dejo el piano. Mi querida amiga se recrea de admiración. Creo que, en efecto, he cantado bien. El silencio auditor, en la sombra, no se ha movido.

De pronto, mientras su madre llena las tazas de té, me dice meditabundo:

—Esas tres serenatas de Ud. han despertado en mi memoria, dos estrofas de Enrique Heine, que fué el poeta amado de mi juventud.

Y murmuró á media voz unos versos alemanes.

—Yo también, dije—he gustado mucho á Heine; sólo que no entiendo el alemán.

Entonces Elder repite en francés, en voz muy baja, como lejana: «Es el ruiseñor que canta de amores y de tormentos de amor. Canta el amor y sus penas, sus lágrimas y sus sonrisas. Se agita con tanta tristeza y se lamenta con tanta alegría, que mis dormidas ilusiones despiertan á una nueva vida.»

A las diez, llamó la Sra. Elder al viejo criado que debía acompañarme. Ella y su hijo bajaron conmigo al gran vestíbulo, bien alumbrado. Y allí los tres de pié, á toda luz, en tanto que la buena amiga me

daba algunos consejos á propósito del frío y de los catarros, yo levanté la vista hacia él.

Los bellos ojos sombreados se posaron un instante en los míos con una seriedad tal, que me turbó hasta lo más profundo de mi ser.

Ahora sola, frente á la gran noche serena, interrogo, á este corazón tumultuoso, porqué habré experimentado pena á la vez que un placer tan singular ante la mirada de ese hombre compenetrando en la mía.

XIX.

Febrero 8.

He dormido mal la noche pasada, he meditado mucho sobre la fragilidad de la humana razón y sobre la inconsistencia de la mía en particular. Volviendo á mi eterna preocupación, he buscado lo que pudiera hacer para conservar la calma y el armonioso equilibrio de mi existencia, para emplear útil y dignamente mi vida y, sobre todo, para no caer en ese tremendo rampojo que se llama el amor. Mucho tiempo há que, á imitación de Pascal, busco gimiendo. Aunque no cabe duda respecto de lo que me dicta el deber: que necesito, cueste lo que cueste, evitar la presencia del Sr. Elder.

Febrero 19.

Durante diez días me he estado quieta, como imagen devota. He evitado conscientemente al Sr. Elder procurando, por supuesto, no pensar demasiado en que lo evitaba. Quizás hubiera llegado á olvidarlo enteramente; mas siempre hay un «peron»

que nos hace retroceder en el camino cuyo fin íbamos á tocar.

Hace quince días que la Sra. Ladowska partió á Monte-Carlo. No me sorprendí mucho anteayer por la mañana, cuando la Sra. Elder me dijo, con una amargura que en vano procuraba disimular:

—Mi hijo sale mañana para el Mediodía.

Recibí como una puñalada en el corazón. Pero no hay que profundizar esas cosas. Ahora bien: es la Fatalidad, la Suerte ó el Azar... cualquiera que sea su nombre; eso que nos impide variar el rumbo marcado de nuestro destino, no quiso que el Sr. Elder y la polaca disfrutasen bajo el límpido cielo de por allá, del goce ilícito. El automóvil del Sr. Elder se hizo trizas á unos quince kilómetros de aquí, pues los trajeron á él y á su «chauffeur» golpeados y maltrechos.

A mí me produjo la noticia una extraña impresión. ¿Alegría acaso, de ver por una vez castigado el vicio? Probablemente.

Yo no podía, por miramiento á mi excelente amiga, dispensarme de ocurrir á su casa en demanda de noticias. Encontré á la Sra. Elder en un estado nervioso indiscrepible, llorando y riendo al mismo tiempo. El doctor que en esos momentos la abandonaba, declaró respecto del hijo y su acompañante:

—¡Buena suerte han tenido con librarse á tan poca costa!

En efecto, el Sr. Elder no ha sufrido cosa mayor que un hombro dislocado, una mano luxada y numerosas contusiones sin importancia. El «chauffeur» tiene una pierna quebrada.

Febrero 21.

Hoy, á eso de las dos, fui á informarme, según exige mi deber, del estado del enfermo.

La Sra. Elder se me presenta con la cara radiante:

—Va muy bien, la curación será rápida.

Poco después me decía:

—Venga Ud. conmigo cerca de mi pobre enfermo; ¡se fastidia tanto, sólo!

Aunque sentía una gran timidez, no me atreví á rebusarme.

Entramos en el gabinete del Sr. Elder donde flota un olor á tabaco frío que me causa trastorno. El herido se halla recostado sobre una *chaiselongue*, con el brazo derecho en cabestrillo, la mano izquierda bendada, las piernas envueltas en un cobertor de seda y la cara sumamente pálida. Por lo demás, se halla intacto, ¡gracias á Dios!

Cuando entró, me mira sin sonreír como es su costumbre y me dice:

—Señorita, dispénsame Ud. por la imposibilidad en que estoy de levantarme.

Yo había pensado desde que venía en la escalera, que sería correcto felicitarlo por la benignidad del accidente. Procufo hacerlo y lo hago, al cabo, muy mal.

Sin acusarme recibo de las palabras que con tanta dificultad acabo de tartajear, me dice con tono afable:

—Señorita, en el momento en que Ud. llamaba á la puerta, mi madre me hablaba precisamente de Ud.

—Si,—agregó sonriendo la aludida—mi hijo no puede leer porque le faltan las manos para hojear su libro. Quería que le refiriera el cuento de «El Pájaro Azul» pero ¡ay! lo he olvidado y por eso, querida amiguita, me acordaba de Ud.

Sentí que me ruborizaba y exclamé:

—Pero si nada hay en mí que tenga relación con «El Pájaro Azul!»

—¡Bah! —repuso— él. No hay vida por la cual no haya pasado el pájaro azul. ¡Cuan insípida cosa sería la existencia en la que él no hubiera enseñado nunca, siquiera la punta de su ala!

Yo examinaba á hurtadillas la madriguera de aquel hombre tan temible para la tranquilidad de mi espíritu. ¡Qué bien se debería estar allí, leyendo y meditando! En el ángulo junto á la chimenea, hay un cómodo sillón con anchos brazos esculpidos donde, sin duda, se sienta para sus interminables lecturas; una gran mesa de encino soporata, en inextricable amalgama, libros, periódico y papeles diversos; los muros se hallan cubiertos de rojo obscuro y en todos los rincones se ven en profusión, bronce, armas antiguas, estatuas pequeñas blancas, curiosidades, *bibelots* de todo género, desde el tradicional pebetero hasta el delicadísimo abánico de viejo marfil.

La biblioteca, que es inmensa, atrae, sobre todo, mi atención. El, que ha adivinado mi pensamiento, me dice con dulzura inusitada:

—¿Le gustan á Ud. mucho los libros, señorita? ¿Se sirviera mirar si entre los míos hay alguno que le agrade?

Me aproximo con respeto á aquel mueble que bien querría ver en mi cuartucho de la casa Jaupy.

Contiene ediciones bellísimas que no puedo menos que acariciar con la punta de los dedos. Algunas encierran á Shakespeare y á Sófocles. Otros volúmenes, ricamente empastados, atraen también mi atención: el «Libro de la Jungla» de Rudyard Kipling, «El Hijo de Voluptuosidad» y «El Triunfo de la Muerte» de Gabriel d'Annunzio. Estos han de ser

sus libros favoritos. Y sonrío, porque hace tiempo que había adivinado los gustos literarios del Sr. Elder.

Pensaba despedirme ya, cuando la mamá salió de la pieza. Para poder contrarrestar, en parte, la inquietud que me causara hallarme á solas con el hijo, continué revisando libros y quité de su lugar algunos de Tolstoi. Yo no miraba del lado de la *chaise-longue*; pero aquellos ojos negros siguiendo estaban todos mis movimientos.

—Tolstoi? —observó— ¿Le interesa á Ud?

Hice con la cabeza un signo afirmativo.

—De veras? A mí, esos rusos me abruma. Todo su humanitarismo me hace dormir parado y su estilo me revienta. Ah, no! ¡Que nos den la luminosa frase latina, la ardiente imaginación de los países del sol. Vamos, dígame Ud. ¿qué es lo que encuentra en su Tolstoi?

Vacilé, incapaz de externar una opinión literaria delante de aquel distinguido escritor; y dije al fin:

—¿Qué sé yo! Encuentro piedad, encuentro un alma.

—Un alma! Por mi parte, confieso que no ando buscando el alma en los libros. Me agradan la buena forma, los colores variados, la música de las palabras con dulces sonoridades. No busco el alma, seguramente porque yo mismo no sé si la tengo.

Me volví y repliqué intentando reír:

—Sí, tiene Ud. una, pero no escucha ya su voz, es para Ud. una extraña, va errando como Kassandra, bajo el pórtico de los Atridas, que dice Maeterlinck.

Por broma, hablaba así, pero temblando de emoción: pues fué tal la que de súbito me causó la mi-

rada profunda que se había clavado en mí, que emprendí la fuga cuando volvía á entrar la Sra. Elder.

XX.

Febrero 27

Voy mucho á «Villa Blanca», voy casi todos los días; voy demasiado.

Generalmente, encuentro á los dos en el salóncito. La señora borda ó teje, él hojea alguna revista. Cuando entro, se me figura que se iluminan sus sombrías pupilas; llego con la intención de permanecer muy poco tiempo y me eternizo: cerca de ellos, los minutos corren con vertiginosa rapidez.

Charlamos de mil cosas. La señora me escucha sonriendo, con la cabeza inclinada sobre su labor; él, atento y grave nos contempla; yo me he atrevido esta noche á hablarle de sus libros, diciéndole que leí «Los Últimos Días de Alejandría».

—Oh!—dijo—no es absolutamente una lectura para las jóvenes.

—¿Y porqué no escribe Ud libros que puedan ser leídos por todo el mundo?

—Es muy difícil. Encuéntreme Ud el asunto.

—Escriba Ud. una obra particularmente destinada á las jóvenes y á las viejas: dos categorías de seres, yo le aseguro á Ud, muy dignos de su interés.

—Es decir,—un libro que conviniera al mismo tiempo á Ud. y á la señorita Jaupy; no lo veo, francamente.

Y soltó una risa sonora que por primera vez le oía, viendo brillar el esmalte de sus dientes, y sus ojos... un instante tan jóvenes, que casi me asusté.

En el momento de separarnos, me dijo sonriendo:

—Voy á pensar en mi libro; pero Ud. me ayudará ¿verdad?

—¡Ah, no le ayudaré á Ud. porque no he de venir ya, no quiero verle á Ud. mas; comienzo á tenerle miedo.

XXI

Marzo 6

Me he sostenido, no he vuelto á «Villa Blanca». Soy muy virtuosa, trabajo mucho. Hago, á la hora de la mesa, loables esfuerzos para hallar interesantes los discursos de la Srita. Jaupy, que dispara siempre de un modo lastimoso.

No puedo, á pesar de mis buenos propósitos recobrar la paz del alma. Duermo muy mal, volviéndome y revolviéndome en mi lecho hasta los primeros cantos del gallo, cuando abre el día, para tranquilizarme y adormecerme un poco. Aquí de la frase «el sueño del justo».

Esta noche, nada menos, después de ponerme á recitar «El Arte Poético» y «La Tabla de Pitágoras», he renunciado á toda esperanza de sueño y tomado el partido de reflexionar despacio lo que habría que hacer para operar la salvación moral de la Srita Hortensia, dejándole ver que la vida se extiende mas allá de la confitería del Sr. Bidoux y de los libracos clandestinos encerrados en el cofre de las melodías.

He tenido siempre instintos de salutarista. Desgraciadamente, me parezco, un si es no es, á esas señoras que no reparten sus limosnas mas que entre los pobres bien educados que tengan limpias las manos. Sentírame animada de un celo edificante para salvar el alma del Sr. Elder, por ejemplo; pero no me hallo inflamada de igual ardor con

respecto á la Srita. Jaupy que encuentro tan vulgar como desprovista de toda estética.

Una vez averiguada esta circunstancia, tengo precisamente que alejarme más y más del Sr. Elder y consagrarme á la conversión de la Jaupy. Trataré de ir la desprendiendo, progresivamente, de la materia que la domina, de imbuirle el sentimiento de la belleza moral y el gusto por la vida ascética. Con estas buenas resoluciones me dormí.

¡Por donde empezaré?—me digo al despertar—Sería oportuno, indudablemente, impresionarla desde luego, con algo muy bueno, elevado y puro; alguna lectura que la remonte á las cumbres.....

Bastante satisfecha quedo con mi idea, y mas aun, por la elección que he hecho: «Atalia.»

A la hora de comer, le dije con amable entonación:

—Señorita, estoy libre esta noche, le dedicaré á Ud. una lectura, si es que pueda serle agradable.

Ella ha aceptado con arrullos de delicia, y un cuarto de hora después, se ha abierto la sesión. La Señorita teje con maravillosa agilidad, en tanto que yo me empeño por desarrollar con amplitud los incomparables alejandrinos.

Al cabo de media hora de lectura, en medio del entusiasmo que me inspiran los armoniosos versos del gran Racine, he abandonado el texto, y veo ¡pero qué veo!

La Srita. Hortensia, guardando en sus dedos crispados el tejida donde las brillantes agujas están inmóviles, duerme el sueño de la inocencia con los labios salientes en horrible mueca y la cabeza de tal manera inclinada, que tocando está, el borde de la mesa.

Humillada me siento y lanzo contra la dormilona miradas de ira; pero luego me pongo á reflexio-

nar que yo soy, de las dos, la mas ridícula, y acabo por reirme de mí misma.

Disponiéndome ahora á meterme en mi angosto y duro lecho al rededor del cual antes flotaran tantos sueños de ilusión y donde hoy solo me acompaña el insomnio, pienso, cara señorita Esther, en que no es siempre cosa tan fácil andar por los caminos sembrando el bien.

XXII.

Marzo 17.

Oh! Todos mis proyectos de estoicismo, derribados.

Mucho tiempo hace que he aprendido á escudarme contra el dolor acogiéndome con resignación sus visitas familiares. Pero la alegría... ¿Cómo recibirla friamente, á esa extranjera que por la primera vez aparece en mi vida?

¡Tanto peor! Seamos débiles una vez mas, cerremos los ojos y dejémonos deslizar voluptuosamente en brazos de la ilusión. Si el despertar es brutal... ¡pues bien! tiempo será aún de llamar en nuestro auxilio las máximas estoicas... Pero olvidémoslas por ahora.

Fuí entre cinco y seis á «Villa Blanca» á dar una lección á la pequeña Ibona. Llevaba la firme intención de escabullirme en cuanto terminara, sin tratar de ver á la Sra. Elder; pero ésta entra de repente en el momento mismo que yo iba á esquivarme.

—¡Hola, niña salvaje!—exclama—¿qué acceso de negra misantropía la ha vuelto á Ud. invisible desde hace una eternidad?

Malamente formulé vagas explicaciones.

—Qué piensa Ud. hacer esta noche?

—Trabajar como las anteriores.

—Lo siento mucho, porque lo que es hoy no trabajará Ud. Francisco que cabalmente baja ahora á la ciudad, prevendrá á la Srta. Jaupy de que yo la retengo á Ud.

Sin esperar respuesta la cariñosa amiga me arrastró hasta el comedor donde se encontraban ya dos señoras de edad, parientes suyas, procedentes de Borgoña y de paso por N. Poco después, entró el caballero Elder que, habiendo recobrado ya el uso de todos sus movimientos saludó, al parecer, con cierta frialdad, lo cual me entristeció mucho.

Logré, sin embargo ocultar esa impresión conversando como todos durante la comida.

Aunque la temperatura, dada la estación, sea sumamente benigna, se había encendido fuego en el salón; fuego para asar un carnero entero. Las dos señoras son en extremo friolentas y la de Elder una planta de invernáculo.

Para huir del ardor del fogón, me senté en un canapé un poco distante, si bien pudiendo seguir de lejos la conversación. El Sr. Elder se había eclipsado, sin duda para saborear algún cigarrillo al aire libre. Regresó al cabo de un cuarto de hora permaneciendo un momento en pie al lado de la chimenea, en su actitud elegante y fastidiada de pájaro de río.

Minutos hacia que abandonando un poco la conversación hallábame absorta en vagas meditaciones, cuando él atravesó lentamente el comedor y vino á sentarse en el canapé, cerca de mí.

A tan inesperado movimiento, mi corazón (¡oh, maquinita indiscreta!) empezó á latir con tal fuerza, que se me figuró que todo el mundo lo oja; y me sentí verdaderamente confusa.

En tal vez no se apercibió; miróme con su sonrisa más y más atrayente y me dijo á media voz:

—¿Sabe Ud. señorita, que nos ha tenido Ud. muy inquietos toda la semana pasada? Mi madre pensaba que ya no la quería Ud; yo temía que el olor de los antisépticos nos la hubiese alejado de casa. ¿Qué hay de todo esto?

—Pero nada absolutamente. Yo misma no me daba cuenta de que hubiera dejado de venir tanto tiempo.

(¡Oh, colmo de hipocresía!)

—Yo sí que me he dado cuenta—replicó él por lo bajo—¿Qué ha hecho Ud. en tan larga ausencia?

(Lo que he hecho mejor es no decirlo pues he, sobre todo, pensado en él; resuelto no pensar más, y luchado contra su imagen que me perseguía obstinadamente)

No contestó; hablo, pues, de otra cosa y procurando ver de nuevo su sonrisa especial que tanto me agrada, le cuento, con la mayor gracia que puedo, mis buenas intenciones respecto de la Srta. Jaupy y la lectura conmovedora de «Atalia».

El ha reído, á poco se ha puesto grave y dice:

—Consuélese Ud. si quiere metamorfosear á la Srta. Jaupy, lo logrará. Nadie tiene, como Ud, el don de la persuasión; seguro estoy de que dominaría á los animales monteses, á ejemplo de Blandina y de otras santas cuyos nombres no recuerdo.

—¿Porqué se burla Ud. de mi?—dije con amargura.

—Le aseguro á Ud. que no ha sido esa mi intención. Sé que es Ud. muy elocuente y muy viva. Cuando habla, se le ve toda el alma en sus ojos y en sus labios; y eso... es irresistible.

¡Dios mío! Como me estoy habituando á los menores matices de su voz; y cuando ésta se apa-

ga un poco ¡cuál se agita mi corazón! Para disimular mi turbación, replico sonriendo:

—Yo creía, no obstante, que el alma era lo que menos le interesaría á Ud. en este mundo.

—Sí lo sería ántes de que Ud. me hablase de ella; pero ahora, un mes hace ya que meditando estoy en lo que Ud. dijo de la Kassandra errante; sólo desearía que mi alma la interesara á Ud. tanto como la de la voluminosa Srita. Jaupy.

—¡Oh! Es que la de Ud. sería cuestión de un salvamento complicadísimo.

(A punto estuve de añadir ¡y tan peligroso!)

—¿Qué están arreglando Uds.?—interrumpe la Sra. Elder. Oigo que vuelven á lo de salvarse.

Como las tres damas tienen ya recocidas las mejillas, se aproximan á nuestro canapé, y la conversación se vuelve general.

Se habla de la Borgoña. ¡Oh, la Borgoña con sus vastas campiñas que argentan las refulgentes mañanas! Esos herbazales donde tan agradable es pasear con las piernas desnudas entre el nevado rocío! El olor de aquellas laderas, donde el viñedo se halla en flor! ¡Perfumes exquisitos, sol incomparable; sol y perfumes de mi infancia, de los que ya jamás disfrutaré!..

Cuando una de aquellas señoras nombró mi país, la tierra donde duerme el eterno sueño mamá Tanita, dióme un vuelco el corazón y se humedecieron mis ojos; visto lo cual por la Sra. Elder, dijo á las otras dos, señalándome:

—Su país.

Elder repitió el querido nombre y agregó:

—Fuí por allá hace mucho tiempo, cuando mi padre era diputado de la Côte-d'Or.

Estas últimas palabras trajeron un recuerdo confuso á mi mente. La señora de la casa, en pie, servía á sus parientas la higiénica infusión de manza-

nilla. Yo pregunté á Elder, tras de unos instantes de vacilación:

—¿El Señor padre de Ud. no era diputado de Bedume?

—Precisamente.

—¿Lo era todavía en 1887?

—Sí, fué el último año.

—¡Ah,—exclamé—! Era él, pues!

Elder me contempló con sorpresa y me interrogó á su turno:

—Conoció Ud. á mi padre, señorita?

—Oh, sí! respondí con transporte—Le quise mucho un día.

No preguntó más y quedó pensativo.

Sonó la media para las nueve. Las señoras parientas trataron de irse á recoger; la de Elder mandó llamar á Francisco, el viejo criado, para que me llevara á casa.

La doncella acudió avisando que Francisco, repentinamente indispuerto, se había acostado.

—No tenga Ud. cuidado, señora—dije—no conozco el miedo: bien puedo irme sola.

—¿Dejar á Ud. hacer tres kilómetros sola, en medio de esta obscuridad! ¿Qué piensa Ud.? Mi hijo irá á acompañarla.

—Ciertamente,—dijo él sin apresurarse.

XXIII.

Hémos allí á los dos por el camino, y no muy obscuro, puesto que la luna acaba de salir. Mejor quisiera ir sola; y hasta preferiría llevar algún miedo antes que aquel compañero de ruta, tan de cerca.

Anduvimos algunos minutos sin hablar. Yo creo no encontraré palabra que decir porque estoy locamente intimidada. Y aunque el viento

no es tan frío, al salir del salón recalentado me he sentido transida.

—¡Qué frío hace!—dije por decir algo.

—Frío? Ud. se chancea. Está el tiempo excepcionalmente templado.

—Pues bien, yo casi tengo... la *onglée* (*)

—¡Oh! Veamos.....

Y toma mi mano en la suya.

—En efecto, hay un enfriamiento. Bueno será recalentarla.

Y continúa su marcha guardando en su tibia mano la mía amoratada.

—Ahora refiérame Ud. cómo conoció y amó á mi padre.

—Oh! Cosas de niños: es demasiado pueril para que le interese á Ud.

—Pues me interesa mucho, dígalo Ud.

Preciso es obedecer. Así es que emprendo, con todos sus detalles, la historia del traje amarillo y de aquella memorable distribución de premios en que el gran Señor rubio de ojos pensativos, comprendió la desolación de mi alma. Yo le describí con afecto á aquel hombre que mi corazón de niña amó un día por su hermoso rasgo de piedad (y al que mi corazón de hoy ama. ¡ah! en ese hijo que se le parece.)

El Señor Elder, anda ahora tan despacio, que casi no avanzamos; y yo pienso con deleite, que de ese modo tal vez no llegaremos nunca á casa.

Una pausa siguió á mi relato.

—¡Ya vió Ud.—dije procurando reír—cuán infantil es.....?

—Pero muy interesante para mí—replicó—puesto que se trata de mi padre y puesto que se trata

(*) "Onglée"—Inflamación particular de los dedos causada por el frío." (Diccionario Francés-Español de V. Salvá.)

de Ud. Sí, porque es Ud. acaso, la sola persona que se tome algún interés por mí; Ud. es también, sin duda, la única en el mundo que á mí me interesa más. Su alma joven está llena de quimeras; pero esas quimeras son primorosas y yo las amo por ser de Ud. Su alma es un joyel precioso que yo me imagino soy el único que lo conozco, lo admiro y lo veo brillar; y gozo con él, aunque no sea su dueño.

Me conmovieron tan profundamente estas palabras, que no supe contestar. Seguimos marchando en silencio, muy poco á poco.

Ahora mi mano tiene calor; pero muchísimo calor. Con tímidos esfuerzos pretendo recobrarla y él no se da por entendido. Sus ropas tienen el aroma de la flor sutil del ámbar y del tabaco que me embriaga y me adormece. Siéntome con el cerebro vacío y pienso vagamente:

¡Tal vez de este modo teniéndoles la mano y caminando así, junto á ellas, habrá, este hombre peligroso, seducido á todas las pobres mujeres de que habla la Jaupy!

El silencio aumenta mi turbación; y como me acontece siempre que estoy muy enervada, mi cojera se acentúa: él debe notarlo al retenerme tan cerca de su persona.

—Gracias. ¡Ahora sí que tengo muchísimo calor!—digo bruscamente con voz alternada y procurando libertar mi mano que se halla prisionera.

—No importa—dice él reteniéndola aún—Déjeme Ud. un poco mas esa manecita. ¿Tan mal se encuentra así?

—No—digo con creciente enervamiento—no puedo andar á causa de... de mi pierna que se campaneá.

¡Catástrofe imprevista, inexplicable, en la que vergüenza me dá pensar!... Diciendo la última palabra, apágase mi voz y prorrumpo en llanto.

Hace una luna espléndida que dibuja en la clara ruta las finas ramas de los árboles como negro encaje. El se detiene:

—¿Pero qué ocurre? ¿Llora Ud., Srta. María? ¿Qué le pasa? Vuelva su cara hacia la luz; así... que yo vea sus ojos.

Y me mira muy cerca; tanto, que abrirlos no puedo, presa de una emoción indecible.

El me habla con voz alterada también, mas dulce que una caricia y con palabras, ¡tan nuevas!

—¿Qué tiene Ud. niña mía? ¿Qué he hecho que haya podido incomodar á Ud?... ¿He sido brutal y acaso mas salvaje que de costumbre?

En medio de la poderosa impresión que embarga mi ser, preguntome yo misma en vez de responderle:

¿Qué fuerza misteriosa nos envuelve ahora á los dos, que hace de este hombre otro hombre; y de mí, una mujer débil y trémula, sedienta de ternura?

Logró, á duras penas, enderezar mi cuerpo y hierbosa, contestar al fin:

—No es nada, no se inquiete Ud. Así es mi temperamento y así son mis ojos, con su ridícula fluidez.

—Mas no me explico porqué ha llorado Ud. ¿Sería Ud. —(vacila y busca las palabras—); sería Ud. tan cavilosa para afectarse por la ligera imperfección de su modo de andar; y tan ligera, que más bien es una gracia?

¡Cómo ha dicho eso, ah!... ¡Cuánto le amo!

Pero por mas lentamente que hayamos caminado, tenemos ya á la vista la casa Jaupy. Debe ser tarde; no se distingue ninguna luz en las ventanas y la calle está completamente desierta.

—¿No me aborrece Ud.? —me pregunta.

—¿Pero porqué le había de aborrecer?

—Entonces... ¿somos amigos? Diga Ud. que así lo quiere en memoria de mi padre.

—Sí—le respondí temblando más que si acabara de decir: ¿Me ama Ud?

Va, poco á poco, acercando los labios á mi mano que la suya no ha soltado. Yo no le dejo realizar su intención: me desprendo de una manera violenta, casi grosera.

—Ah!—repone con tristeza.— ¡Ya ve Ud. como no somos amigos! Ud. dejó á mi padre besarle las mejillas....

Estábamos en ese momento, justamente delante de la puerta de la casa. Entre terribles palpitaciones de corazón y sin saber casi lo que hacía, aproximé á su cara mi mejilla.

Con insinuante ademán, con inefable ternura, me atrajo hacia sí, puso sus labios en mi sien; aquí, donde los estoy sintiendo todavía... Ese callado beso duró mucho tiempo, nuestras dos almas lo tuvieron para decírselo todo; oíase el latir de nuestros dos corazones, á golpes redoblados.

Luego, sin una palabra, nos separamos.

Una hora hace que me agito, que me sofoco en esta mi exigua morada. Las ventanas están completamente abiertas, pero el cielo extenso, la noche inmensa; todo ello estrecho es aún para contener mi alegría. ¡El me ama! La locura inverosímil, imposible se ha realizado.

¡El me ama!

Que no me digan que ha amado á otras cien mujeres... ¡Nó, no las amaba! A mí sola me ama con lo mas bueno y puro que hay en su alma. ¡Cómo temblaba su corazón junto al mio! No quiero pensar en el porvenir, quiero ignorar el sombrío mañana. Si; ¡qué importa lo que venga! Gocemos

de la hora sublime: el minuto que he vivido esta noche, ¿no vale toda una vida?..

Asomada á la ventana, contemplo la noche diáfana y serena que exhala su prolongado suspiro de amor, enterneciéndome de nuevo, aunque familiar ya, el paisaje de esas constelaciones con sus millares de ojos luminosos é impasibles. Tiendo los brazos hácia el vacío y murmuro quedo, muy quedo, el nombre adorado que nunca me había atrevido á pronunciar:

¡Lucas, Lucas, yo te amo!!.....

XXIV.

Marzo 20.....

—Hace tres días que vivo en delicioso sueño, ando y obro como un autómeta, volando mi pensamiento. A veces me detengo para sonreír á la sombra querida que evocan mis recuerdos.

No he vuelto á «Villa Blanca.» Tengo miedo de hacerlo y miedo del momento inefable en que nuestras miradas vuelvan á encontrarse.

Marzo 23.....

—Siento frío, es casi la media noche y vano mi empeño para reavivar el triste fuego que me hace pensar en el del viejo *Scrooge* de los cuentos de Dickens. Pero ¿para qué me desvisto y me acuesto, si sé que no he de dormir?.....

Marzo 25.....

—Llego esta tarde á eso de la cinco á «Villa Blanca.» Francisco que sale á abrir, me dice sorprendido:

—He ido hoy por la mañana á la casa Jaupy para avisar que la niña Ibona, no podría, por hallarse ausente, tomar su lección. ¿No se lo han comunicado á la señorita?

—No, nada me dijeron.

Vacilo de pronto, temerosa de entrar después de lo que acabo de oír.

—Pero yo creo que la señorita no se marchará así—dice el viejo criado.—La Señora está en el salón verde donde podrá verla su amiga.

—Tiene Ud. razón: voy á saludarla.

Y sola discurro por aquella casa que me es familiar ya y tan querida. Llamo á la puerta del saloncito y avanzo sin estar segura de que me hayan contestado.

Deténgome en el umbral azorada, estupefacta. La Sra. Elder, medio tendida en el sofá, con el pañuelo cubriendo sus ojos, solloza de un modo que parte el alma. Ni siquiera se ha apercibido de que alguien ha entrado.

Bien sé yo que es lo que debiera haber hecho entonces: volver á tomar la puerta y salir sin que me oyeran. Pero esta vez, como muchas otras, he seguido los impulsos de mi corazón antes de completar mi pensamiento. Y héme ahí arrodillada, delante de aquella mujer que llora. Tengo los ojos empapados yo también, y he puesto con timidez mi mano en la suya helada. Ella me mira y no parece contrariarla mi presencia:

—Como!... ¿Está Ud. allí, hija mia?—pregunta.

—Señora, no me han prevenido de nada; y como vine, no he querido marcharme sin ver á Ud. Perdóneme si he sido importuna.

—No, ha hecho Ud. bien en venir—dice enjugando sus ojos. —Nunca es Ud. importuna, ya sabe que la quiero mucho.

Siento que me tiemblan los labios y apenas puedo decir:

—¡Yo también, señora, la quiero á Ud. tanto, y me da una pena ahora

He permanecido de rodillas sobre la alfombra; ella sonríe tristemente, con la sorpresa de su hijo.

—Querida María—prosigue—¿porqué Dios no me ha dado una hija como Ud?

—Pero señora—respondí muy emocionada—tiene Ud. una nietecita encantadora y su hijo que la ama.

—Ibona es una niñita que no comprende todavía sino pocas cosas. En cuanto á él

Sus lágrimas corren de nuevo.

«En cuanto á él,» ha dicho. Luego, por el está llorando: bien me lo había figurado.

Nunca he sentido mi corazón mas dolorosamente oprimido. Delante de la madre anegada en lágrimas, yo, que no tengo madre ¡ay, me enternezco tanto! Y siendo impotentes las palabras para traducir mi grande impresión, he recurrido, natural y espontáneamente, al lenguaje instintivo de las caricias, mas ingénuo, mas elocuente que todas las frases que los hombres han inventado.

Sostengo, rodeándola con mis brazos, aquella hermosa cabeza agobiada por un pesar secreto y tierna, piadosamente, beso su cara contristada.

Recuerdo ahora que, en medio de mis grandes aficciones de niña, las caricias solas, mejor que las palabras, sabían consolarme. Por eso, sin duda tuve un movimiento de que hoy á distancia, me admiro.

La Sra. Elder llora todavía, pero me sonríe con dulzura. De repente, siento que algo se halla detrás y me vuelvo.

Es él de pié, mirándonos. La aparición no dura mas que algunos segundos, la puerta ha vuelto á cerrarse y él se ha alejado. Apenas si lo he visto con su semblante pálido, muy pálido. . . ¿Cuanto tiempo haría que estaba allí?

La madre, ha secado sus ojos y me ha obligado á levantarme para que tome asiento á su lado.

—Ud. tiene un corazón afectuoso,—dijo—su presencia me ha confortado. Vea Ud, ya no lloro.

—No hay que llorar jamás, hay que procurar ser dichosa, señora.

—Dichosa! ¿Cómo lo sería yo, hija mía? He sufrido tales decepciones y tales penas de corazón con ese hijo tan locamente mimado que há poco estaba por ahí. . . .

—¿Pero Ud. cree, acaso, que él no la ame?

Aguardo con angustiosa impaciencia lo que ella va á decir del hombre que amo y que es su hijo:

—No ama nada ni á nadie. Yo creo que Dios me castiga por no haber podido nunca querer, tanto como á él, á su hermana, la madre de mi Ibona. Cuando era un chiquillo ¡qué de ilusiones me forjé respecto de esa cabecita rubia; y qué tristemente se fueron disipando todas ellas! No teniendo el valor de separarme de él durante unos ocho años, me fijé en París; en ese París que minaba mi salud, á fin de que pudiese él seguir sus cursos en «Louis-le-Grand.» Era un alumno irregular, indisciplinado; pero de brillante inteligencia. Cuando su padre se irritaba por algunos reproches del censor, yo defendía siempre al niño, diciendo: «Ya vendrá la razón.» La razón ha venido, quizás; pero el corazón ha quedado seco. Después del Liceo, comenzó esa vida de desórden que me lo ha extraviado. Bajo pretexto de cursar Derecho en París, permaneció allí cinco años. Véasele en todas partes mas bien que en la Facultad. Su padre se inquie-

taba por las sumas enormes que iban allí sepultándose, sin sospechar el buen hombre lo que yo particularmente le enviaba, además. Cuando Lucas declaró que el Derecho le abrumaba y que sólo las letras le atraían, yo de nuevo alimenté esperanzas é ilusiones. Talento lo tiene, es cierto; pero un talento que maldigo, porque jamás lo pondrá al servicio de una causa noble ó de una idea sana. Nunca leo lo que escribe, porque me es mortificante y doloroso. Y... por otra parte, ¿cómo ha de escribir de otra manera? Escribe según piensa y según vive. Siempre en las garras de una coqueta sin alma, ¿podría él comprender un afecto elevado y puro? Ud no ignora lo que todo el mundo sabe aquí.....

Bajé los ojos afirmando.

—Pues bien, hija mía, él no puede vivir sin esa mujer; y esta mañana me ha declarado que, dentro de dos días, irá de temporada á Monte-Carlo. Yo le he suplicado, he llorado; nada ha podido hacerle desistir...y partirá. ¡Va á reunirse con esa mujer que acabará de arruinarle y de perderle! Ella y sus semejantes, son las que han hecho de mi hijo el ser enervado y voluntarioso, al que nada puede conmover. ¡Yo me iré muy pronto, dejándolo sólo, sin familia, sin un afecto verdadero que lo sostenga y lo defienda cuando ya no esté su madre!

.....
La criada vino á anunciar que la comida estaba servida. La Sra. Elder se ha recobrado y yo me despido, cambiándonos las dos palabras afectuosas.

No sé ni cómo he llegado en medio de la ruta, aniquilada y exhausta, conteniéndome á dos manos el corazón que parecía saltárseme del pecho.

¡Oh, ilusiones mías, caras ilusiones, destruídas ya; y tan brutalmente!... Y he podido creer que me amaba...¿Cómo es posible fingir de ese modo la

ternurá? Y fingir, ¿para qué? Mi espíritu se pierde en noche tenebrosa, no puedo ya ni pensar. Haré por dormir. ¡Ah! Si todo eso no es un sueño espantoso, ¡cuanto mejor sería no despertar!

 XXV.

Marzo 24.

Verdaderamente nadie sabe con anticipación de lo que es capaz. ¡Quién hubiera creído que una joven razonable y sensata como yo, intentara siquiera el paso loco que dí esta noche! Yo misma dudo, por momentos, de la realidad de la escena que mañana supondré haber soñado.

Son las tres y media de la tarde y tomo la calle de Paris para ir á dar una lección. Al pasar por delante de la catedral, la Srita. Hortensia va saliendo de allí. Sonriente y enquehacerada como siempre me aborda:

—¿A donde va Ud. con ese paso?

Yo contesto y ella prosigue:

—¿No ha visto Ud á la Sra. Gondeau, la de las hipotecas?

—No....

—¿No? Pues hay que verla. Anda exhibiendo ahora un vestido de paño tomate que asusta en la calle á los caballos....¿Pero no sabe cómo seguirá el Sr. Rondy, el notario?

—Ignoraba que estuviese enfermo.

—¡Pobre! Va hácia su fin. Y aquí, para inter-nos, lo que le está matando, dicen, es la conducta escandalosa de su mujer.

Trato de dar algunos pasos en la dirección que llevaba; pero la señorita Hortensia parece no querer soltar su presa, añadiendo:

—Oiga Ud. la gran noticia. El Sr. Elder sale mañana para Monte-Carlo, lo he sabido por la lechera, Ud. no ignorará que la polaca se encuentra allí, desde hace dos meses. ¡Diga Ud. si no es irritante! En cambio, nosotras las mujeres honradas, nos consumimos aquí atrapando constipados y sañañones. . . ¡qué suerte!

Hago otro movimiento para seguir adelante; pero la terrible *Señorita* ha afianzado un botón de mi abrigo.

— ¡A la pobre Sra. Elder—prosigue—compasión da verle el semblante tan demacrado! Acabo de cruzarme con ella y la nietecita que iban á pasar la *soirée* en casa de su amiga la de Coppel. ¡Vaya una cosa decididamente. . .

Me escapó entonces, á riesgo de dejar en su mano mi botón; y corro con toda la potencia de mis piernas dirigiéndole un lacónico:

—Dispense, me esperan.

Voy veloz como el viento, y mi espíritu, mas aún que mis piés.

La señora é Ibona han salido: de seguro, el está solo en la casa. El momento sería de intentar algo. Reflexionemos. No, porque si reflexiono, no obraré. Apresurémonos, pues.

He vuelto bruscamente la espalda á la calle de Paris y ando, ando. Tengo lumbre en las mejillas, mi corazón palpita con irregularidad y la cabeza me da vueltas. . . ¡Vamos, vamos, calma! . . . Busquemos un poco lo que hay que decir.

Pero no quiero buscar. Ya estoy en el cancel de la villa, antes de haber estudiado la primera palabra. Tampoco sé lo que diré al criado que venga á abrir, nada he meditado.

¡Loado sea Dios! El vestíbulo abierto. Atravieso como una flecha, subo la estalera y llego á la puerta del gabinete del Sr. Elder. Nunca me he sentido

en igual estado nervioso, no puedo detenerme, creo que me moriría en esa puerta. Llamo, oigo distintamente su voz invitando á pasar, y entro.

¡Oh, momento supremo, inolvidable! Sentado en el gran sillón gótico, junto á la chimenea, fuma. Véole, en medio de la humareda, levantarse silencioso, arrojar el cigarrillo al fuego y adelantarse hácia mí. Sus ojos revelan inmensa sorpresa.

— ¡Ud. aquí! — exclama.

No puedo responder, y me apoyo en la puerta que he vuelto á cerrar. Un ruido, como de grandes aguas, resuena en mis oídos, el corazón me brinca dentro del pecho; debo estar lívida. El me ha tomado por un brazo atrayéndome hácia la chimenea; cerca está una silla en la cual me dejo caer. El en pié, delante, me mira con asombro creciente.

—Ruego á Ud. que se reponga y me diga qué es lo que ocurre.

Y considerando, sin duda, que me incomoda tenerlo tan inmediato, vuelve á sentarse en su gran sillón. Yo, como una desesperada hablo al fin, con voz ahogada y convulsa:

—Comprendo que lo que hago es inconveniente y poco juicioso. He venido sin reflexionar; si lo hubiera reflexionado, no me habría atrevido. Vengó á suplicarle á Ud. que no parta, que no deje á su madre desesperada y sumida en llanto.

Alzo los ojos y él me mira impassible.

—Veo,—dijo con frialdad—que mi madre le ha hecho á Ud. sus confidencias.

—¿. . . Me juzga Ud. indigna?

—No; pero encuentro, á la postre, ridículo, verme siempre considerado como una fiera martirizando á cuantos me rodean y alimentándome con su sangre. En este país de salvajes y de imbéciles, Ud. sola, niña inocente, me había mostrado una especie de simpatía. Preciso es que todo el mun-

do, hasta mi madre, se ligan para inspirarle á Ud. horror hácia mi persona.

—Ud. bien sabe—reliqué temblando—que Ud. no había de inspirarme horror. ¿Olvida Ud. que nos habíamos prometido ser amigos? Así pues, como una amiga suya me he atrevido á venir esperando que quierá escucharme un poco.

No ha levantado sus ojos; sigue con obstinación mirando á la llama y no se inmuta. ¿Será posible que éste sea el mismo hombre aquel que me hablaba con ingente ternura algunas noches há, bajo la luna, y que tan suavemente me atraía junto á su corazón? Muy lejos me siento ahora para hablarle como deseara: esa silla altísima, á dos metros, ¿qué distancia! Además, que no quiere . . . mirarme . . . ¡Encontraría yo mejor las palabras conducentes, si anduviéramos en el camino; y si él retuviera, como entonces, mi mano entre las suyas!!

Pero él no se mueve y mi elocuencia se está agotando ya, cuando tengo esta inspiración: como un cojín de su sillón ha caído en el suelo junto á mí, me levanto y me arrodillo encima. El no nota, según parece, que yo haya cambiado de sitio.

Con mis dos manos colocadas sobre los brazos del sillón, le hablo casi al oído, con voz afanosa; sólo que no había previsto la impresión que me causara aquel semblante pálido, visto tan de cerca. . . .

—Escucheme Ud., — intento — mejor dicho, escuche Ud. á su corazón, piense en que es de su madre de quien le hablo. . . . Madre. . . . ¡Cuánta dulzura hay en esa palabra que yo nunca he podido pronunciar! Ud. se quejaba, hace poco, de que toda la gente lo miraba como un animal feroz; pero ¿. . . en nada estima ese corazón de mujer que desde que Ud. nació, tan solo ha latido por Ud.? Reflexione en que ella va haciéndose vieja, y que no la

tendrá Ud. siempre; en que muy pronto, acaso, experimentará el amargo remordimiento de haberla hecho llorar. Si, sepa que cuando esos ojos se cierran, no habrá ya para Ud. sobre la tierra, una mirada verdadera de amor. ¡Recuerde Ud. esos tiernos brazos de madre, mitigándole sus penas de niño! . . . ¿Puedese nunca encontrar en la vida, un lazo más dulce? ¿Y, sería posible que Ud. no amase á esa madre sublime y cariñosa, cuya mirada y cuyas facciones se están viendo en Ud. mismo?

No se mueve todavía, parece hipnotizado por la llama. Responde, por fin, á media voz:

—Sí que la amo y no amo más que á ella; pero moriré sin saberlo. ¿Qué quiere Ud.? Yo no poseo el don de la ternura. Tengo, sin embargo, algo que se parece á un corazón: ayer lo comprendí al sentirme tan turbado viendo á Ud. de rodillas junto á mi madre y acariciándola como yo nunca he sabido hacerlo.

—Pues bien, si Ud. la ama, déle esa alegría inmensa: no parta.

Ha hecho un gesto de impaciencia replicando:

—¿Porqué me pide precisamente lo que no puedo concederle?

—¡Ah!—dije en tanto que una ola de sangre me quemaba el semblante—Ud. dice que ama mucho á su madre; luego, hay alguien á quien ama más que á ella. . . .

El sacudió la cabeza.

—Hay cosas—dijo—que Ud. no comprende. Yo no puedo, por ejemplo, abstenerme de fumar; y por más que mi madre me rogara, no podría privarme. . . . ¿Dirá Ud. por eso, que yo quiero el humo, más de lo que quiero á mi madre?

—Creo—dije—que si yo fuera hombre, tendría la suficiente fuerza de voluntad para suprimir el tabaco y. . . eso que Ud. compara al tabaco.

Sonrió tristemente y repuso:

—Un hombre es, á menudo, más débil que una niña valerosa como Ud.

—Insisto rogándole á Ud. que pruebe. Diga que quiere prometérmelo.

—No, no puedo. Ahórreme Ud. la pena de una negativa y... váyase, señorita.

Al decir esto, parecia muy angustiado: apoyó la cabeza en el respaldo del sillón con un abatimiento tal, que yo sentí que algo se rompía dentro de mi pecho. Tuve un impulso, violentamente reprimido, por fortuna... ¡Estremézcome sólo de pensar lo que estuve á punto de hacer!

Debe de haber notado mi movimiento, pues me miró por primera vez desde el principio de nuestra rara entrevista, levantándose vivamente:

—¡Señorita, está Ud. de rodillas!... ¡Soy yo quien debiera hallarme á sus pies! — ¡Váyase Ud, se lo ruego; no permanezca más aquí!

De pié ya los dos en medio de la habitación, le pregunto todavía.

—¿Quiere Ud?.....

Signo negativo suyo, y á continuación:

—No me pida Ud. nada, pero permítame agradecerle lo que acaba de hacer. Me ha conmovido Ud... muy profundamente.

Hallándonos ya cerca de la puerta:

—Me iré sola, —dije— no baje Ud.

El se inclinó mucho, sin tenderme la mano.

Yo salí del gabinete y volví la cabeza una vez más; no hablando ya, de miedo que oyesen los criados, si bien mirándole con ojos suplicantes.

El no habló más tampoco; pero los suyos se iluminaron con un destello de ternura, y me sonrió.

Ah! ¡Con esa sonrisa, me llevaria al fin del mundo y me haria olvidarme de todo!

Abril 12.....

Necesario es abrir de nuevo este cuaderno teniendo el valor de consignar el horrible suceso: ¡Ha partido!

Partió á la mañana siguiente del mismo día en que dibujara aquella sonrisa que me inundó de luz.

Estoy pasando las horas más amargas. Mi cerebro vacila y creo que nada con vida queda ya en mí; no soporto la mirada de nadie. Busco, como el animal enfermo, un rincón de sombra y de silencio para morir. Pregúntome á veces con estupor: ¡Vamos! ¿Es creible que yo ame á ese hombre hasta tal punto?

Me duele horribilmente la cabeza, tengo fiebre, no como; apenas si sé que tengo cuerpo; no siento más que el tormento que me está devorando. Las noches son lúgubres, lentas, interminables. Cuando apunta el día, la fiebre decae y sucumbo á la fatiga. Persiguenme entonces sueños más terribles aún que la realidad. Se me aparece él con sus ojos de sombra, con su amada sonrisa; toma mi mano entre las suyas y murmura palabras de cariño que me hacen mas intolerable la vigilia.

¡Oh! Ese triste despertar, á la luz mortecina de esas mañanas de lluvia! Poco á poco salgo de mi sopor con la sensación de mis miembros adoloridos y mi frente que quema. Luego, bruscamente, surge el recuerdo desgarrador, vivo como un relámpago: "¡Ha partido!" Y entonces, entre ahogados gemidos, me revuelco en la cama y cierro los ojos queriendo anonadar mi pensamiento.

No podré más, no, levantarme y proseguir mi carrera solitaria en la ruta donde sé que han sangrado mis pies. Siento una inmensa depresión, nada